

y desconocen al cabo hasta aquello mismo que los verdaderos niños saben de la gran ciencia de la salvacion. Ved por qué, hablando tambien con los doctos, no he tenido inconveniente en autorizar mis fábulas colocando al frente de cada una el texto latino de un sentimiento de la Sagrada Escritura, cuyo desenvolvimiento es el asunto, y cuya traduccion literal se encuentra siempre en el apólogo, ó es la moraleja con que termina.

Mas no por eso me persuado de que mi tarea sería, en todo caso, completamente inútil para los cristianos fervorosos y de buen espíritu. Antes por el contrario: las santas ideas deben suministrarse en todas las formas convenientes; mucho más hoy, que son tan escasas en número las lecturas amenas que pueden circular sin recelo entre las personas timoratas. Y, si mi obra valiese algo; si yo hubiera logrado elvarla á la altura de mis deseos, no seria poco triunfo el poder decir, que habia dado con el secreto de presentar un libro que, deleitando sin peligro en manos de una monja, enseñña sin fastidio en manos de un *despreocupado*. Entónces sí que, con más razon acaso que el fabulista de la antigüedad, podríase repetir desde el principio de estas páginas:

Duplex libelli dos est, quod risum movet,
Et quod prudenti vitam consilio monet.

PROLOGO

LIBRO PRIMERO

FABULA I

Los Canarios Filarmónicos

Aperiam in parabolis os meum.
[Psalm. LXXVII, vers. 2].

No recuerdo en qué fecha ni en qué parte
Un anciano, gran músico, vivia,
De severos principios en el arte
Hasta rayar en cáustica manía.

A cualquiera invencion llamaba abuso,
Sin atender á edad ni á gustos varios;
Y en tan loco sistema se propuso
Adiestrar en la solfa á unos Canarios.

Con tal fin, en sus doctos mamotretos
Les obliga á estudiar sin perder ripios;
Queriendo que tan hábiles sujetos
Aprendiesen el arte por principios.

Largos meses los tuvo en las primeras
Nociones de científicos vocablos;
Lo cual, para unas gentes tan ligeras,
Era engorro y tarea de mil diablos.

Al cabo, de entonar llegado el día,
Hartos ya los Canarios de retórica,
Cada cual gorjeó como podía,
Dando al traste con toda la teórica.

En vano el Profesor con faz airada
Lanza fuego, blandiendo la batuta,
Jurando que va á hacer una fritada
De su aleve capilla diminuta.

No hubo medio: soltaron el frenillo.
Y para más oprobio del Maestro,
Sonó al punto en la calle el organillo
Que un Ciego charlatan tocaba indiestro.

Al oirlo, las Aves se alborozan,
Admirando sus trinos y cadencias;
Las ensayan, repiten y se gozan
Sin trabajos, ni estudios, ni violencias.

En suma, del maestro se burlaron
Amigos, vecindad y el pueblo todo;

Y jamas los Canarios olvidaron
La solfa que aprendieron de este modo.

Si enojado algun crítico me muerde,
Echándola de rígido teólogo,
Porque estampo este libro, que se acuerde
De mirarse en el Viejo de este apólogo.

Pues, ó tengo el caletre *tanquam tabula*,
O es verdad que á infantiles corazones
Más se pega el consejo en una fábula,
Que en noventa dogmáticas lecciones.

Escribo, pues, ¡oh críticos sardónicos!
Para alumnos de vuelo muy sencillo:
Ellos son los Canarios Filarmónicos
Y yo el Ciego que toca el organillo.

FABULA II

Las dos Banderas

Militia est vita hominis super
terram.

[Job. cap. VII, vers. 1].

En un país remoto,
Que se halla en guerra,
Un lindo jóven quiere
Tomar bandera.

Del uno y otro bando
Primero intenta
Conocer los caudillos
Y su estrategia;

La justicia y las armas
Con que pelean,
Y, en fin, los galardones
Con que ambos premian.

Y con tales designios
Al campo llega
Do libre azota el aire
Bandera negra.

—“¡Mancebo, le gritan, tu suerte es segura!
¿Que aquí la ventura
Te llama, no ves?
Palacios, festines, y danzas, y amores
Y ricos licores
Nuestra paga es.

Y en lechos floridos, con dicha sin tasa,
La vida se pasa
Cual sueño de amor.
Ven, ven; no vaciles: ven, ven con nosotros;
Si vas con los otros
Te secas cual flor.”—

Y el jóven, que es prudente,
Mucho recela
Que allí no jueguen limpio
Por várias señas.

Y abismado en sus dudas
Al campo vuela
Do la Bandera blanca
Flota modesta.

—“Jóven, le dicen, tu inmortal destino
Con nosotros te llama;
Que, si buscas VERDAD, VIDA Y CAMINO,

Hallaste aquí cuanto tu pecho ama
Santo y divino.

Una cruz es el arma que te espera
Hasta que el tiempo acabe;
Mas servir al Monarca que aquí impera
Es un yugo feliz, dulce y suave,
Carga ligera.

Y tronos tiene, en la region que habita,
Que dar á sus valientes,
Por breve plazo en que la lid se agita;
Y de palmas y lauros refulgentes
Gloria infinita.”—

—“Muy serio es este caso
[Dice el doncel];
Allí juegos y amores,
Danza, embriaguez,
Palacios y festines;
Pero... ¿y despues?

Aquí silencio adusto
Reina doquier:
Placeres y delicias
Nunca se ven.

¡La Cruz hasta la muerte!

Pero... ¿y despues?

Mas quede aquí suspenso este monólogo;
Tú lo terminarás á tu manera,
Jóven Lector, cual héroe de mi apólogo;
Pues del mundo en la bélica carrera,
Yo te anuncio, sin ínfulas de astrólogo,
Que tendrás que elegir una Bandera;
Y será la de Cristo, Rey eterno,
O de Satán, monarca del averno.

FABULA III

La Dama y el Esqueleto

*Memorare novissima tua et in
aeternum non peccabis.*

[Eecl., cap. VII, vers. 40].

Una dama se asustó,
Porque un Esqueleto vió;
Y al punto se dió á correr.
Y áun durara su carrera,
Si una voz no le dijera
Con misterioso poder:

—“Deten el paso indiscreto:

[Era el medroso Esqueleto]

¿Por qué te cansas así?

Si á todas partes te sigo,
Si corro á la vez contigo,
Si marchó dentro de tí...?

¿Te asusta mi calavera?

Pues bajo tu cabellera
Llevas otra igual, igual.

Y, con mis secas costillas
Y mis enjutas canillas,
Soy tu efigie más cabal.

Pues tu cuerpo idolatrado
Es esqueleto forrado
De una tela baladí:
Y al cabo el tiempo la rae,
Y carcomida se cae,
Y quedas igual á mí.”—

En esto la pulcra Dama,
Volviendo su rostro, exclama:
—“¡Oh muerte, tú dices bien!
Y, pues fuerza es que me sigas,
Seremos, de hoy más, amigas;
Estrecha mi mano, ven.”—

Y, con efecto, la Bella
Se prendó tanto de aquella
Nueva amiga, siempre fiel,
Que abandonó los afeites
Y los fugaces deleites
Del mundo y vano cruel.

Y en hondo claustro se abriga,
Y en contemplar á su amiga
La vida entera pasó;
Enamorada de suerte,
Que en los brazos de la muerte
Dichosa y santa espiró.

Luego el pasaje acredita,
Que quien la muerte medita
Le va perdiendo el horror.
Pues el pecado se aleja,
Y así la vida se deja
Sin pesares ni temor.

FABULA IV

La Bujía y la Linterna

Non extinguetur in nocte lucerna ejus.

Prov., cap. XXXI, vers. 18j.

La brillante Bujía
Que en salones magníficos alterna,
A la humilde Linterna
Sonrojó en estos términos un día:
—“Quita allá esa capucha
Y ese manto, que eclipsan tus fulgores;
Pues ¿quién te dirá amores
Al verte así encerrada y tan machucha?”

—“Muchas gracias, señora,
La Linterna replica; pero advierte,
Que á tu luz seductora
Cualquiera vientecillo da la muerte,
Mientras yo voy segura,
Y alumbro sin temer los huracanes,”—
*Verdad! que la hermosura
Sin recato, se expone á mil desmanes.*

FABULA V

Los dos Potros

Qui amat periculum, in illo p
ribit.
(Ecl., cap. III, vers. 27).

Del monte vecino,
Sus trabas rompiendo,
Viniéronse al llano
Dos Potros cerreros.

—“Qué grato es ser libre!
[Gritaron á un tiempo]
Gocemos del mundo;
El campo ya es nuestro!”—

Y dando relinchos,
Con mil escarceos,
Ya al trote, ya al paso,
Ya á escape ligero,

Sin ver lo que hacen,
Metiéronse ciegos
En férreo camino
Que cruza el terreno.

—“¡Hallazgo dichoso
[Gritó el más travieso]
Nos brinda la suerte!
¿No ves qué paseo?

¡Qué hermoso, qué llano,
Qué limpio, qué recto!
Pues nadie lo impide
¡Vaya, disfrutémoslo!”—

—“Me place sin duda
[Gritó el compañero];
Mas no sé qué piense
De tantos maderos,

Con maña tendidos
Bajo de estos hierros.
¿Hay gato encerrado?
Mucho lo recelo.”—

En esto, el silbato
Resuena á lo léjos,
Rasgando los aires;
Y á pocos momentos,

La máquina asoma
Con hórrido estruendo,

Su negro penacho
Tendido en el viento,

Con ojos teñidos
De rojo siniestro,
Carbones y brasas
Regando en el suelo.

Los Potros, al verla:
—“Hermano; ¿qué es eso?
[Los dos se preguntan
De pánico llenos].

—¡Un monstruo terrible
Nos viene al encuentro!
¡Nos traga sin duda!!
—¡Huyamos!”—Y huyeron.

Mas quieren salvarse
De modo diverso:
El uno se lanza,
Obrando cual cuerdo,

Fuera de la vía
De un bote ligero,
Y queda seguro.
Mas ¡ay! que el travieso

Prosigue en la senda
Que fué su recreo,
Y espera le libren
Sus ágiles remos,

Corriendo delante
Con vano ardimiento,
Del monstruo que avanza
Con alas de fuego.

Ya llega... le pilla...
¡Cielos! no hay remedio:
Le arrolla, le aplasta,
Tritura sus huesos.

Así pagó el triste
Por vano, por terco,
Quedando en los ráils
Pedazos mil hecho.

En tanto que el otro,
Del susto repuesto,
Os dice con ánsia:
“¡Oh jóvenes tiernos!

Quien nécio presume
Bastarle su esfuerzo,

Y no deja á un lado,
Con santo denuedo,

La senda querida
Sembrada de riesgos,
Huirá por lo pronto
Del pecado horrendo;

Mas, tarde ó temprano,
Caerá sin remedio:
Que el que ama el peligro...
Lo dice ya el texto.

FABULA VI

Exposición artística de los Animales

Cum accepero tempus, ego justitias judicabo.

[Psalm. LXXIV, vers. 3].

Quiso el sabio Leon, monarca augusto,
En sus vastas regiones
Premiar las artes, promover el gusto,
Ofreciendo sus ricos galardones,
Como es práctica ya entre las naciones.
Y, anunciándolo el Loro en todas partes,
Abrió una exposición para las artes.

Es ocioso contar, que allí brillaron
Maravillas, que al público admiraron;
Que en circunstancias tales,
Lució la diestra Abeja sus panales,
La Oropéndola el nido,
La Araña su tejido,
Su capullo el Gusano,
Su morada el Castor gran arquitecto;
Y, en suma, allí se vió lo más selecto
De toda animalesca obra de mano.

Pero ¡oh terpe y ridícula ocurrencia,
Que de ejemplo será á la concurrencia!
Hasta el sórdido y vil Escarabajo,
Ganoso de las honras del trabajo,
Llevó tambien su bola;
Mas, con tal travesura,
Que, ocultando ingenioso la basura,
Con tersa capa de oropel cubrióla.

Por el pronto la turba novelera,
Que ve tan linda esfera,
El claro genio del Autor aclama;
Y, entre aplausos y vítores, proclama
Que en todo el vasto gremio
No habrá artista que alcance mayor premio.

Mas el sabio Leon, que con esmero
Muy despacio las obras examina,
Y á cada cual destina,
Como juez justiciero,
El debido agasajo,
Al mover la del vil Escarabajo
[Que allí andaba aguardándolas felices],
Se tapó con su garra las narices;
En seguida la corte se alborota. . .
Y fué que echa migajas la pelota,
Se vió que, si por fuera está dorada,
Por dentro era de estiércol fabricada.

¡Y cierto! no sé yo qué fué más breve,
Si quejarse el Leon del chasco aleve,
O morir el autor entre el susurro,
Bajo la pata de un valiente burro.

*¡Ay! de cuántas acciones
Que en el mundo reciben galardones,
Por tener de virtudes la apariencia,
Allá, del Sumo Juez en la presencia,
El necio autor recibirá tormento,
En vez de eterna gloria,
Cuando llegue el momento
De separar el oro de la escoria!*

FABULA VII


Los Tigres pintados

Vincenti dabo edere de ligno vitæ.
[Apoc., cap. II, vers. 7].

A la entrada de un viñedo
Dos fieros Tigres pintaron,
Y tambien los imitaron
Que daban un susto al miedo.

Al que ignora aquel enredo
El susto pára un instante;
Mas dice el fuerte: “¡Adelante!”
El cobarde retrocede,
Y el que á fantasmas no cede
Recoge el fruto abundante.

*¡Oh virtud! ¡A tus entradas
Tambien hay fieras pintadas,
Que asustan al alma necia!
¡Dichoso el que las desprecia!*



FABULA VIII

El Girasol

Ambula coram me, et esto perfectus.

[Genes., cap. XVII, vers. 1].

Tres flores de un vergel,
Las más hermosas,
Rosa, nardo, clavel,
Presuntuosas
Preguntaban con ansia á sus señores
Cuál fuese la mejor entre las flores.

Quién responde *el jazmin,*
Quién *la violeta,*
Quién *la rosa,* y en fin,
Para completa
Variedad de sentir en el concurso,
No faltó quien les hizo este discurso:

—“Prefiero el Girasol
Gallardo y recto;
El amante del sol,
El más perfecto,
Que, con virtud ajena de una planta,
A la altura de un hombre se levanta.

¿No le veis con qué afán,
A toda hora,
Sigue al regio galán
A quien adora,
Y reverente la cabeza inclina
Desde que ve su lumbre matutina?

Vosotros, al revés,
Del bajo suelo
No levantáis dos piés;
Y mustio duelo
Os abate y enoja entre desmayos,
Cuando derrama el sol ardientes rayos.

Por eso con rigor
Y ceño os trata,
Las galas y el primor
Os arrebatá;
Y vuestro cáliz, que el roma encierra
A la tarde ¡infeliz! ya está por tierra.”

—“ Hermanas, es verdad!
Mas no os asombre;
Que igual calamidad
Sucede al hombre.”—
[La Rosa dijo], y terminó la escena
Con aquesta lección de moral llena:

*El mísero mortal
Que á Dios no mira,
En abismos de mal
Al fin espira;
Mas del justo que vive en su PRESENCIA,
Recta, noble y feliz es la existencia.*



FABULA IX

El Esquilon y el Gato

Dicunt, et non faciunt.
[*Math., cap. XXIII, vers. 3.*]

Un esquilon muy ladino,
Asomado á su tronera,
Con limpio acento argentino
Llamaba al culto divino
Al pueblo de esta manera:

—“Parroquiano,
Mal cristiano,
Ven á Misa,
Pues te avisa
Que ya es hora
Mi sonora
Voz del alto serafin!
Tin, tin, tin.

¿No te pasma
Y entusiasmo
Mi desvelo,
Y este celo

Con que llamo
Cual reclamo
De mi célico confin?
Tin, tin, tin.”—

Oyó el sonsonete un Gato
[El rubio Marramaquí]
Desde el tejado inmediato,
Y sin pizca de recato,
Hubo de increparle así:

“¿Linda pieza!
¿No es rareza
Que, con tanto
Son de santo,
Nunca al templo,
Dando ejemplo,
Descendió tu beatitud?
Miaí, miaí.

Así, digo:
Que conmigo
Tu palabra
Poco labra,
Pues no tiene
Lo que viene
A dar peso á la virtud.
Miaí, miaí.”

Quien las virtudes predique,
Sin dar á la vez ejemplo,
Que no muy alto repique,
No sea que se le aplique
Lo que al Esquilon del templo.

FABULA X

El Elegante y el Pavo real

In vestitu ne gloriaris unquam;
[Ecc. cap. xi, vers. 1]

Burlábase sin pizca de decoro
De un hermoso Pavon un Elegante,
Porque el pobre animal, algo pedante,
Abrió sus plumas de esmeralda y oro.
Nótalo el Ave, y con vivaz ahinco
Díjole al burlador cuántas son cinco:

“En verdad que te burlas sin prudencia;
Pues si orgulloso ostento mi plumaje,
El Criador me lo dió; mas ese traje
Es del crimen de Adan la torpe herencia.
¡Y te gozas en él, naciendo en cueros,
Cuando es hecho de lana de carneros!”

Quedó el hombre, al oír esto, tamañito;
Pues el lujo en vestir era su anhelo,
Siendo el traje en el hombre un sambenito
Y en el Pavo real un don del cielo.
Aprended, elegantes, este apólogo,
Pues el Pavo os habló como un teólogo.

FABULA XI

Las Pompitas

Vanitas vanitatum, et omnia
vanitas.

[Ecl., cap. I, vers. 2].

Con espuma de jabon,
Por un cañuto de caña,
Soplaba un niño con maña
Pompitas desde un balcon.

En la calle un zagalon,
Viéndolas bajar tan bellas,
Presuroso iba á cogellas;
Mas, al tocarlas su mano,
Tornábanse en aire vano,
Sin quedar ni rastro de ellas.

“¡Zagalon qué nécio eres!
[Dice un quídam] pues ¿no ves
Lo que indica y lo que es
Ese globo que asir quieres?
Es tipo de los placeres
Por que los hombres deliran;
Que, cuando léjos se miran,
Cautivan el corazon,
Mas se ve que nada son
Cuando, al tocarlos, expiran.

FABULA XII

El Tiempo

Ergo dum tempus habemus
operemur bonum.

[Galat. cap. VI, vers. 10].

Una noche, en que el sueño andaba léjos,
De mi pálida luz á los reflejos,
El Tiempo, á solas, penetró en mi estancia,
A hacerme una consulta de importancia.
Y despues de pedir con voz sonora
Perdon, por la molestia de la hora,
— “Quiero. [dice] saber lo que hay de cierto
En un asunto que me tiene muerto:
Yo no sé lo que soy ni lo que valgo,
Y aún me pongo á dudar si seré algo,
¡Tú eres oro! me dice el comerciante,
Su carrera me llama el estudiante,
El labrador su afan; tan solo el nécio
Me condena al olvido y al desprecio.
Quién me pinta con alas; quién, sañudo,
Engullendo voraz un niño crudo.
Unos dicen que calmo los pesares,
Otros que los reparto por millares;